

La fuerza de la sangre El celoso extremeño

Miguel de Cervantes

Edición de M.^a Teresa Mateu



ÍNDICE

9 **Introducción**

- 9 Libre nació y en libertad me fundó
- 12 Por qué y cómo leer a Cervantes hoy
- 13 Cervantes, inventor de la novela
- 14 Tema y problema de las dos novelas elegidas
- 15 La mujer en Cervantes
- 16 La casa cerrada
- 18 Esta edición

19 **La fuerza de la sangre**

43 **El celoso extremeño**

87 **Después de la lectura**

- 87 La casa y el espejo

INTRODUCCIÓN

Libre nació y en libertad me fundo

Cervantes nació en Alcalá de Henares, en el año 1547, y murió en Madrid, en 1616. En dos ocasiones declaró en falso haber nacido en Córdoba, para proteger a su amigo el posadero Tomás Gutiérrez, quien tenía que demostrar no tener en sus venas sangre de judíos o de moros. Y naturalmente, sería más creíble que un paisano suyo que lo había tratado desde niño conociera bien sus antecedentes. La mentira cervantina no es de las que manchan, sino de las que ponen por encima de todo la verdad de la amistad.

La vida de Cervantes no fue precisamente amable. Su niñez estuvo ya marcada por el signo de la pobreza: su padre, Rodrigo Cervantes, era cirujano, profesión que no tiene que ver con la actual, ya que se limitaba a entablillar huesos rotos y a hacer sangrías. Tuvo que hacer filigranas para sacar adelante a su numerosa familia: siete hijos y la esposa. Un detalle anecdótico, pero muy llamativo: Rodrigo Cervantes era sordo. Por ley de compensación, quizás, Miguel se distinguió por un finísimo oído que le llevaría años más tarde a reflejar con fidelidad las diversas hablas de su entorno. Por causas no bien conocidas, pero huyendo tal vez de la justicia, tuvo que marchar a Italia a los veintiún años de edad. Como soldado conoció diversas ciudades italianas: Nápoles, entre ellas (como le sucede a Rodolfo, el protagonista de *La fuerza de la sangre*). Buscando gloria, fue herido en el pecho y en la mano izquierda en la batalla de Le-

panto. De ser manco en una ocasión tan importante para España y la cristiandad se enorgullecerá siempre. Sin embargo, esta hazaña será el comienzo de una vida llena de sufrimientos e injusticias. Apresada la nave en la que viajaba a España, concretamente a la altura de la Costa Brava, es llevado a Argel donde vivió cinco años interminables de cautiverio. Nunca se dejó acobardar por el dolor porque «las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten mucho, se vuelven bestias».

Por ello nunca admitió la prisión e intentó escapar en cuatro ocasiones. A causa de dos traidores y de algunos errores en la estrategia de la fuga, Cervantes no pudo huir materialmente, pero su dignidad y su valentía al echarse sobre sí toda la responsabilidad de la huida conmovieron al sanguinario reyezuelo quien, por mucho menos, había mandado matar a muchos hombres, como el jardinero Juan que, por ayudar a los rebeldes, fue colgado de un pie del árbol más alto del jardín del alcaide. Con estos antecedentes, juzgad vosotros mismos estas palabras de don Miguel que pueden servir como punto de partida para su *Don Quijote* y como ejemplo de dignidad y de valor, éste no muy de moda en nuestros días: «Ninguno de estos cristianos que aquí está tiene culpa en este negocio, porque yo solo he sido el autor de él y el que los ha inducido a que huyesen».

De regreso a España, tras haberse pagado por su rescate quinientos escudos en oro, se abrió ante él un futuro esperanzador que nunca llegaría a materializarse. No se le concedió ninguna dignidad militar, por dos veces se le negó el permiso oportuno para ir a las Indias, se le encarceló por deudas que no eran suyas o por asuntos de amoríos y cuchilladas en los que no se probó nada contra él, sobrevivió a la pobreza sin doblegarse ante nadie ni nada, y a los cincuenta y siete años de edad, cuando ya nadie creía en su talento literario, escribió *El Quijote*, la obra más famosa hoy en el mundo, pero que durante la vida de Cervantes no tuvo el reconocimiento esperado en los medios cultos, aunque conociera, eso sí, un éxito rápido entre las gentes del pueblo.

Lo que aportaba *El Quijote* a los gustos de su tiempo era la presencia viva del humor. El humor cervantino nace del dolor y de la injusticia, pero, lejos de destilar amargura y pesimismo, acierta a ver los problemas a una cierta distancia, lo cual ayuda a reducirlos de

tamaño y a asimilarlos. La risa y la locura eran una forma de enfrentarse a la mediocridad y a la falsedad dominantes en la vida social. Cervantes tuvo que ser muy hábil para reírse de las instituciones sin dar pie a ser perseguido.

Fue un gran observador de la realidad que, para él, fue singularmente dura y deprimente, pero, además del humor ya comentado, supo fabricarse un mundo interior de ensueños y de fantasía que le alivió el dolor de ser marginado y menospreciado por los poderosos.

El retrato moral y emocional de Cervantes cabría, sintéticamente, en estos espléndidos versos de un poeta del XVII, Gabriel Bocángel:

Canté el dolor llorando la alegría,
y tan dulce, tal vez, canté mi pena,
que todos la juzgaron por ajena,
pero bien sabe el alma que era mía.

Cervantes vivió los últimos años de su vida en Madrid, en vecindad con Lope, quien sólo hablaría bien de él en su *Laurel de Apolo*, publicado en 1630, catorce años después de la muerte del insigne novelista.

Enfermo y viejo, pero con la pluma en la mano y los proyectos de otras obras literarias en la mente escribe tres días antes de morir estas lúcidas y serenas palabras que pertenecen al prólogo de su última novela: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*:

«El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir».

El día 22 de abril de 1616 muere Cervantes en la calle del León, esquina a la de Francos. Y el día veintitrés se le entierra en las Trinitarias en una ceremonia carente del calor del público. Este adiós triste por lo despoblado, contrastará con las honras fúnebres que durante nueve días tributaría el pueblo de Madrid a Lope de Vega.

Desde su muerte Cervantes no ha dejado de crecer; hasta China o Japón ha llegado la fama de nuestro hidalgo de La Mancha. El cine ha conocido diversas versiones de las hazañas quijotesacas, e incluso insignes músicos como Manuel de Falla, Óscar Esplá o Richard Strauss han volcado en sonidos meditaciones y ensueños del loco manchego.